

INTRODUCCIÓN

I

El Mont-Tonnerre

En la orilla izquierda del Rhin, á algunas leguas de la ciudad imperial de Worms, hacia el nacimiento del pequeño río de Selz, principian las cadenas de montañas cuyas erizadas cimas parecen perderse en el Norte, cual amedrentado rebaño de búfalos que desaparece entre la bruma.

Aquellas montañas, que ya desde su falda dominan un país casi desierto, y que parecen formar un cortejo á la más elevada de todas, tienen cada una su nombre asaz expresivo que designa una forma, ó recuerda una tradición: la una es la Silla del Rey; la otra la Piedra de los Agavanzos; ésta la Peña de los Halcones, aquélla la Cresta de la Serpiente.

La más elevada de todas, la que más se lanza hacia el cielo ciñendo su frente de granito de una corona de ruinas, es el Mont-Tonnerre.

Cuando la caída de la tarde condensa la sombra de las encinas, cuando los postreros rayos del sol doran las altas crestas de aquella familia de gigantes, diríase que el silencio desciende lentamente de esos sublimes

escalones del cielo hasta la llanura, y que un brazo invisible y poderoso desenvuelve por sus flancos, para extenderlo sobre el mundo fatigado del bullicio y de los trabajos del día, ese vasto velo azulado en cuyo fondo brillan las estrellas. Entonces, todo pasa insensiblemente de la vigilia al sueño; en la tierra y en los aires todo duerme.

Solo, en medio de ese silencio, el pequeño río de que hemos hablado, el Selzbach, como lo llaman en el país, sigue su curso misterioso por bajo los abetos de la orilla; y aunque ni día ni noche le detengan, porque le es preciso ir á morir en el Rhin, que es su eternidad; aunque nada le detenga, decimos, tan fresca es la arena de su álveo, son tan flexibles sus cañas, sus rocas tan bien tapizadas de musgo y saxífragas, que ni un solo murmullo se le oye desde Morsheim, en donde principia, hasta Freiwenheim, en donde acaba.

Un poco más arriba de su nacimiento, en Albisheim y Kircheim-Poland, un camino tortuoso abierto entre dos paredes abruptas y surcadas de profundos carriles, conduce á Danenfels. Mas allá de Danenfels, el camino es ya una senda, y luego hasta la misma senda se estrecha, va desapareciendo, se pierde, y en vano busca el ojo otra cosa en el suelo más que la inmensa falda del Mont-Tonnerre, cuya misteriosa cima, tan á menudo visitada por el fuego del Señor que le ha dado su nombre, se oculta tras un cerco de verdes árboles que parecen un muro impenetrable. En efecto, una vez ya llegado bajo aquellos árboles copudos como las encinas de la antigua Dodona, el viajero puede continuar su camino sin ser percibido desde la llanura, aun en medio del día; aun cuando su caballo estuviese más cuajado de cascabeles que una mula española, no se oiría el ruido de éstos; y aun cuando estuviese

caparazonado de terciopelo y oro, cual un caballo de emperador, no penetraría por entre el ramaje un solo rayo de oro ó púrpura, tanto se ahoga el ruido en la espesura del bosque, tanto la oscuridad de su sombra apaga los colores.

Aun hoy, que las más elevadas montañas no son sino simples observatorios; hoy, que las leyendas más poéticamente terribles no despiertan en los labios del viajero más que una sonrisa de duda; aun hoy, espanta aquella soledad, y tan venerable hace esa parte de la comarca, que sólo unas casas de endeble apariencia, centinelas perdidos de los vecinos pueblos, aparecen á distancia de aquel mágico cerco para atestiguar la presencia del hombre en aquel país.

Los que habitan aquellas casas extraviadas en la soledad, son molineros que bajan alegres al río que muele su trigo, cuya harina van á llevar á Rockenhansen y Alzey, ó pastores que, cuando llevan á pastar sus rebaños á la montaña, se estremecen á veces ellos y sus perros, al ruido de alguna encina secular que se cae de vejez en las incógnitas simas del bosque.

Porque, como hemos dicho, los recuerdos del país son lúgubres, y el sendero que se pierde á la otra parte de Danenfels en medio de los brezos de la montaña, no ha conducido siempre, dicen los más animosos, á los hombres honrados al puerto de salvación.

Tal vez alguno de sus actuales habitantes haya oído contar en otro tiempo á su padre ó á su abuelo lo que nosotros vamos á tratar de referir hoy.

El 6 de mayo de 1770, á la hora en que las aguas del gran río se tiñen de un reflejo blanco entremezclado de rosa; es decir, en el momento en que, por todo el Rhingau, descende el sol por detrás de la flecha de la catedral de Estrasburgo que la corta en dos hemisferios de fuego, un hombre que venía de Magun-

cia, después de haber atravesado Alzey y Kireheim-Poland, apareció al otro lado de Danenfels, signió el sendero mientras este fué visible, y luego, cuando se borró todo rastro de camino, apeándose de su caballo y cogiéndole por la brida, fué á atarle sin vacilar á la primera encina del temible bosque.

El animal relinchó con inquietud, y pareció estremecerse el bosque con aquel ruido inusitado

— ¡ Bien ! ¡ bien ! murmuró el viajero ; tranquilízate, mi buen Djerid, hemos andado doce leguas, y tú, á lo menos, has llegado al término de tu carrera.

Y el viajero trató de penetrar con la vista la profundidad del ramaje, pero tan opacas eran ya las sombras, que no se distinguían sino masas negras cortadas sobre otras de un negro más denso aún.

Hecho ese infructuoso examen, volvióse el viajero hacia el animal, cuyo nombre árabe indicaba á la vez su origen y velocidad, y cogiéndole con ambas manos el hocico, acercó á su boca sus humeantes narices :

— Adiós, mi valiente caballo, le dijo, si no te vuelvo á hallar, adiós.

Y acompañó á estas palabras una mirada rápida que el viajero echó al derredor suyo como si hubiese temido ó deseado que le oyesen.

El caballo sacudió su suave erin, manoteó la tierra y lanzó ese relincho que debía dar en el desierto al acercarse el león.

Esta vez se contentó el viajero con sacudir la cabeza de alto abajo, con una sonrisa, como si quisiera decir :

— No te equivocas, Djerid, aquí está el peligro.

Pero entonces, decidido sin duda de antemano á no combatir este peligro, el aventurero incógnito sacó de sus arzones dos hermosas pistolas con cañones cincelados y la culata de plata sobredorada, y luego con el

sacatrapos de su baqueta las descargó, extirpando la bala, y derramó la pólvora sobre el césped.

Terminada esta operación, cubrió las pistolas con su tapafunda ; pero no paró en esto.

El viajero llevaba al lado una espada de acerada punta ; soltó el cinturón, arrollólo á la espada, lo puso así sobre la silla, y sujetólo con los estribos de manera que la punta de la espada correspondía á la cola y el puño á la cruz del caballo.

En fin, terminadas estas extrañas formalidades, el viajero sacudió sus empolvadas botas, se sacó los guantes, registró sus bolsillos, y habiendo hallado unas tijeritas y un cortaplumas con mango de concha, los arrojó sucesivamente por encima del hombro sin mirar siquiera adónde iban á caer.

Hecho esto, habiendo pasado por última vez la mano por la grupa de Djerid, y después de respirar, como para dar á su pecho toda la dilatación de que era susceptible, el viajero buscó inútilmente algún sendero, y como ninguno hallase, entró al azar en el bosque.

Creemos oportuno dar aquí á nuestros lectores una idea exacta del viajero que acabamos de presentar á su vista, y que está destinado á representar un papel importante en el curso de nuestra historia.

El que después de haberse apeado del caballo, tan atrevidamente se aventuraba en el bosque, parecía tener unos treinta ó treinta y dos años, era de una estatura más que mediana, pero tan bien proporcionada, que se sentía circular á la vez la fuerza y la destreza por sus flexibles y nervudos miembros. Su vestido se componía de una levita de camino, de terciopelo negro y ojales de oro, por debajo de cuyos últimos botones se distinguían las dos puntas de una chupa bordada ; unos calzones de piel ajustados deli-

neaban unas piernas que habrían podido servir de modelo á un estatuario y cuya elegante forma se columbraba á través de sus botas de charol.

Su vista, que tenía toda la movilidad de los tipos meridionales, era una mezcla singular de vigor y delicadeza; su mirada, que podía expresar todos los sentimientos, cuando se fijaba en alguno, parecía penetrarle con dos rayos de luz destinados á iluminar hasta su alma. Sus morenas mejillas, se veía desde luego que estaban tostadas por los rayos de un sol más ardiente que el nuestro. En fin, una boca grande, pero de bella forma, dejaba ver una doble fila de magníficos dientes cuya blancura resaltaba aun más por el color del rostro. El pie era largo, pero fino; la mano pequeña, pero nerviosa.

No bien había dado diez pasos por entre las negras encinas el hombre cuyo retrato acabamos de trazar, cuando oyó rápidas pisadas hacia el sitio en donde había dejado su caballo. Su primer movimiento fué volver atrás, pero se contuvo; sin embargo, no pudiendo superar el deseo de saber lo que se había hecho Djerid, levantóse sobre la punta de los pies, dirigiendo la vista por entre un claro: arrastrado por una mano invisible que había desatado su brida, Djerid había desaparecido ya.

Arrugóse ligeramente la frente del desconocido, una cosa parecida á una sonrisa crispó sus nutridas mejillas y sus labios finamente cincelados.

Luego siguió su camino hacia el centro del bosque.

Dió aun algunos pasos mientras el crepúsculo exterior penetrando por entre los árboles guiaba su marcha; pero, faltando muy luego ese débil reflejo, se halló en una oscuridad tan densa que, no pudiendo ver en dónde ponía los pies y temiendo sin duda extraviarse, se detuvo.

— He llegado bien hasta Danenfels, dijo en voz alta, porque desde Maguncia á Danenfels hay un camino; he venido bien de Danenfels hasta la Bruyère-Noire, porque hay una senda; he venido bien desde la Bruyère-Noire hasta aquí aunque no había camino ni senda, porque percibía el bosque, pero aquí, tengo que detenerme, puesto que nada veo.

Apenas dichas estas palabras en un dialecto mitad francés y mitad siciliano, surgió de súbito una luz como á unos cincuenta pasos del viajero.

— Gracias, dijo; ahora, marche esa luz, y yo la seguiré.

Al momento se puso en marcha la luz sin oscilación ni sacudimientos, adelantándose con movimiento igual, á la manera de esas llamas fantásticas de nuestros teatros, cuya marcha está arreglada por el maquinista.

El viajero dió aun unos cien pasos, y luego creyó oír como un soplo á sus oídos, que le estremeció.

— No te vuelvas, dijo una voz á la derecha, ó eres muerto.

— Muy bien, respondió sin pestañear el intrépido viajero.

— No hables, le dijo otra voz á la derecha, ó eres muerto.

El viajero se inclinó sin hablar.

— Pero si tienes miedo, articuló una tercera voz, que, cual la del padre de Hamlet, parecía salir de las entrañas de la tierra, si tienes miedo, vuelve atrás, esto significará que renuncias, y se te dejará volver al punto de donde vienes.

El viajero se contentó con hacer un movimiento con la mano y siguió su camino.

Tan oscura estaba la noche, y el bosque era tan espeso, que no obstante el resplandor que le guiaba, el viajero sólo caminaba á tientas. Por espacio como

de una hora marchó la llama, y siguióla el viajero sin murmurar una sola vez, sin dar la menor señal de miedo.

De repente desapareció la luz.

El viajero estaba ya fuera del bosque. Levantó los ojos: á través del sombrío azul del cielo brillaban algunas estrellas.

Continuó marchando en la dirección por donde había desaparecido la luz, pero á muy luego vió surgir delante de sí una ruina, espectro de un antiguo castillo.

Al mismo tiempo tropezó su pie con escombros; un objeto helado se pegó á sus sienes y muró sus ojos, impidiéndole ver hasta las mismas tinieblas.

Una venda de lienzo mojado rodeaba su cabeza. Sin duda era cosa convenida, ó, cuando menos, una cosa que él se esperaba, porque no hizo ningún esfuerzo para quitarse aquella venda, y solamente extendió la mano silenciosamente, cual un ciego que demanda un guía.

Este ademán fué comprendido, porque al instante mismo una mano fría, árida y huesuda agarró la del viajero. Éste reconoció que era la mano descarnada de un esqueleto; pero, á haber estado dotada de sentimiento, habría reconocido que la suya no temblaba.

Entonces el viajero se sintió arrastrado por espacio de cien toesas. De repente la mano soltó la suya, levantóse la venda de su frente, y el desconocido se detuvo: había llegado á la cima del Mont-Tonnerre.

II

El que es

En medio de un raso rodeado de abedules descopados por los años, elevábase el piso bajo de uno de esos castillos arruinados que los señores feudales sembraron en otro tiempo por la Europa á la vuelta de sus cruzadas.

Los pórticos esculpidos de finos adornos, y cuyos nichos, en lugar de la estatua mutilada y arrojada al pie de la muralla, abrigaban una mata de brezo ó de flores silvestres, delineaban en el pálido cielo sus ojivas descantiladas por los derrumbamientos.

Al abrir los ojos el viajero, hallóse ante las gradas húmedas y mohosas del pórtico principal; en la primera de aquellas gradas estaba en pie la fantasma de la mano huesuda que le guiara hasta entonces.

Cubríala de pies á cabeza un largo sudario: bajo los pliegues del sudario brillaban sus órbitas sin pupila, su descarnada mano se extendía hacia el interior de las ruinas, y parecía indicar al viajero, como término de su camino, una sala cuya elevación ocultaba las partes inferiores pero de bóvedas deterioradas, en la que se veía retemblar una luz sorda y misteriosa.

El viajero inclinó su cabeza en señal de consentimiento. La fantasma subió lentamente una á una y sin ruido las gradas, y se internó en las ruinas; siguióla con el mismo paso tranquilo y solemne con que hasta

allí había arreglado su marcha, subió á su vez una á una las once gradas que había subido la fantasma, y entró.

Detrás de él cerróse tan estrepitosamente la puerta del pórtico principal, como un vibrante muro de bronce.

Á la entrada de una sala circular iluminada por tres lámparas de reflejos verdosos, paróse la fantasma.

Á su vez, se detuvo el viajero á diez pasos de ella.

— Abre los ojos, dijo la fantasma.

— Ya veo, respondió el desconocido.

Y sacando de su sudario con un gesto brusco y fiero una espada de dos filos, la fantasma golpeó con ella una columna de bronce que respondió con un mugido metálico.

Al momento, levantáronse al rededor de la sala baldosas, aparecieron innumerables fantasmas, semejantes á la primera, armadas cada una de una espada de dos filos, y se colocaron sobre unas gradas circulares en que se reflejaba particularmente el resplandor verdoso de las tres lámparas, y en donde, confundidas con la piedra fría é inmóviles, parecían estatuas sobre sus pedestales.

Cada una de estas estatuas inmóviles se destacaba de un modo extraño sobre la negra colgadura de las paredes.

Delante de la primera grada estaban colocadas siete sillas, y sentadas en éstas siete fantasmas que parecían jefes; una de estas sillas estaba vacía.

La que estaba sentada en la silla del centro se levantó.

— ¿ Cuántos estamos aquí, hermanos míos? preguntó volviéndose hacia la asamblea.

— Trescientos, respondieron las fantasmas á una voz que retumbó en la sala, yendo á apagarse en el paño funerario de las paredes.

— Trescientos, repuso el presidente, que representan cada uno diez mil asociados; trescientas espadas que valen tres millones de puñales.

Luego, volviéndose hacia el viajero: ¿ Qué deseas? le preguntó.

— Ver la luz, le respondió éste.

— Los senderos que conducen á la montaña de fuego son ásperos y duros; ¿ no temes en ellos?

— Nada temo.

— Una vez hayas dado un paso adelante, no te será dado retroceder. Piénsalo bien.

— No me detendré hasta llegar al término.

— ¿ Estás dispuesto á jurar?

— Decidme el juramento y lo repetiré.

El presidente levantó la mano, y con voz lenta y solemne pronunció estas palabras:

« En nombre del Hijo crucificado, jurad romper los lazos carnales que os unen aun á padre, madre, hermanos, hermanas, mujer, parientes, amigos, amantes, reyes, bienhechores, y á cualquier ser á quien hayáis prometido fe, obediencia, gratitud ó servicio. »

El viajero repitió con voz firme las palabras que acababa de dictarle el presidente, quien, pasando al segundo párrafo del juramento, dijo con la misma lentitud y solemnidad:

— Desde este momento quedáis libre del pretendido juramento hecho á la patria y á las leyes; jurad, pues, revelar al nuevo jefe que reconocéis, lo que hayáis oído ó hecho, leído ú oído, aprendido ó adivinado, y aun indagar y espiar lo que se escapare á vuestra vista.

Calló el presidente, y el desconocido repitió las palabras que acababa de oír.

« Honrad y respetad el *aqua toffana*, repuso el presidente sin variar de tono, como un medio pronto,

seguro y necesario de purgar el globo por medio de la muerte ó del embrutecimiento de los que pretenden envilecer la verdad ó arrancarla de nuestras manos. »

Un eco no habría reproducido estas palabras con más fidelidad que el desconocido.

El presidente continuó :

« Huid de la España, huid de Nápoles, huid de toda tierra maldita, huid de la tentación de revelar nada de lo que vais á ver y oír, porque el rayo no hiere con más rapidez, que os herirá el puñal invisible é inevitable, en cualquier lugar que os halléis.

» Vivid en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. »

Imposible fué, á pesar de la amenaza de las últimas palabras, sorprender ninguna emoción en el rostro del desconocido, quien pronunció el fin del juramento y la invocación que le siguió, con un acento tan sosegado como al principio.

— Y ahora, continuó el presidente, ceñid la frente del nuevo socio con la banda sagrada.

Acercáronse dos fantasmas al desconocido, quien inclinó la cabeza: una de ellas le aplicó á la frente una banda aurora cuajada de caracteres plateados, entremezclados de la imagen de Nuestra Señora de Loreto; y la otra le anudó los dos extremos de la banda sobre el nacimiento del cuello.

En seguida se separaron, dejando solo al desconocido.

— ¿ Qué pides ? le dijo el presidente.

— Tres cosas, respondió el nuevo socio.

— ¿ Cuáles ?

— La mano de hierro, la espada de fuego, la balanza de diamante.

— ¿ Para qué quieres la mano de hierro ?

— Para ahogar la tiranía.

— ¿ Para qué deseas la espada de fuego ?

— Para arrojar de la tierra al impuro.

— ¿ Para qué deseas la balanza de diamante ?

— Para pesar los destinos de la humanidad.

— ¿ Estás preparado para las pruebas ?

— El fuerte está preparado para todo.

— ¡ Las pruebas, las pruebas ! exclamaron muchas voces.

— Vuélvete, dijo el presidente.

Volvióse el desconocido, y hallóse en frente de un hombre pálido como la muerte, y con una mordaza en la boca.

— ¿ Qué estás viendo ? preguntó el presidente.

— A un criminal ó á una víctima.

— Es un traidor que, después de haber prestado el juramento que tú has hecho, ha revelado el secreto de la orden.

— Luego es un criminal.

— Sí, ¿ qué castigo merece ?

— La muerte.

Las trescientas fantasmas repitieron : ¡ La muerte !

En el mismo instante fué arrastrado, no obstante sus esfuerzos sobrehumanos, á lo más inferior de la sala; vióle el viajero debatirse y retorcerse entre las manos de sus verdugos; y oyó su voz que silbaba á través del obstáculo de la mordaza. Brilló un puñal, reflejando como un relámpago el resplandor de las lámparas, oyóse dar un golpe mate, y resonó lento y fúnebre el ruido de un cuerpo que cayó pesadamente en el suelo.

— Está hecha la justicia, dijo el desconocido volviéndose hacia el espantoso círculo, cuyas ansiosas miradas habían devorado aquel espectáculo á través de sus sudarios.

— Así, dijo el presidente, ¿apruebas la ejecución que acaba de hacerse?

— Sí, si el paciente era verdaderamente culpable.

— ¿Y tú beberías á la muerte de todo hombre que, como él, revelase los secretos de la asociación?

— Bebería.

— ¿Cualquiera que fuese la bebida?

— Cualquiera.

— Venga la copa, dijo el presidente.

Uno de los dos verdugos se aproximó al nuevo socio y le presentó un licor rojo y caliente en un cráneo humano montado sobre un pie de bronce.

El desconocido tomó la copa de manos del verdugo, y levantándola más arriba de su cabeza:

— Bebo, dijo, á la muerte de todo el que revele los secretos de la asociación santa.

Luego, bajando la copa á la altura de sus labios, libó hasta su última gota, y la devolvió al que se la entregara.

Un murmullo de admiración corrió por la asamblea, y pareció que las fantasmas se miraban entre sí á través de sus sudarios.

— Está bien, dijo el presidente, la pistola.

Acercóse al presidente una fantasma con una pistola en una mano, una bala y una carga de pólvora en la otra.

Apenas si el nuevo socio se dignó volver la vista hacia él.

— ¿Prometes, pues, obediencia pasiva á la asociación santa? preguntó el presidente.

— Sí.

— ¿Aun cuando esa obediencia deba ejercerse sobre ti?

— El que aquí entra, no se pertenece á sí, pertenece á todos.

— Así, ¿obedecerás cualquier orden que yo te dé?

— La obedeceré.

— ¿En el mismo instante?

— En el mismo instante.

— ¿Sin vacilar?

— Sin vacilar.

— Toma esa pistola y cárgala.

Tomó la pistola el desconocido, echó la pólvora en el cañón, le aplicó un taco, metió la bala que sujetó con otro taco, y luego cebó la pistola.

Todos los sombríos habitantes de aquella extraña mansión le miraban con un lúgubre silencio, interrumpido solo por el ruido del viento que azotaba los ángulos de los arruinados arcos.

— Está cargada la pistola, dijo friamente el desconocido.

— ¿Estás seguro de ello? preguntó el presidente.

Asomó una sonrisa á los labios del nuevo socio, quien sacó la baqueta, y la introdujo en el cañón, del que sobresalía dos pulgadas.

El presidente se inclinó en señal de estar convencido.

— Sí, dijo, está en efecto cargada y muy cargada.

— ¿Qué debo hacer de ella? preguntó el desconocido.

— Mántala.

El desconocido montó la pistola oyéndose el ruido del gatillo en medio del profundo silencio que acompañaba los intervalos del diálogo.

— Ahora, añadió el presidente, aplica la boca del cañón á tu frente.

El nuevo socio obedeció sin vacilar.

Reinó en la asamblea el más profundo silencio: las lámparas parecieron palidecer, aquellas fantasmas eran verdaderas fantasmas, porque ninguna respiraba.

— ¡Fuego! dijo el presidente.

Chispeó la piedra sobre el fogón, pero solo ardió el cebo sin acompañar ninguna detonación su efímera llama.

Un grito de admiración se escapó de casi todos los pechos, y el presidente extendió la mano hacia el desconocido con un movimiento instintivo.

Pero sin duda no bastaban dos pruebas á los más difíciles, pues algunas voces exclamaron:

— ¡ El puñal, el puñal !

— ¿ Lo exigís ? preguntó el presidente.

— Sí ; ¡ el puñal, el puñal ! repusieron las mismas voces.

— Venga el puñal, dijo el presidente.

— Es inútil, dijo el desconocido sacudiendo la cabeza con aire desdenoso.

— ¿ Cómo inútil ? exclamó la asamblea.

— Sí, inútil, replicó el nuevo socio con una voz que cubría todas las otras, inútil, os repito, porque estáis perdiendo un tiempo precioso.

— ¿ Qué es lo que decís ? exclamó el presidente.

— Digo que sé todos vuestros secretos, que esas pruebas á que me sometéis, son unos juegos pueriles, indignos de ocupar un instante á seres formales. Digo que ese hombre asesinado no está muerto ; digo que esa sangre que he bebido era vino metido en una bota ajustada y oculta bajo sus vestidos ; digo que la pólvora y las balas de la pistola se deslizaron á la culata al montar el gatillo. Recoged, pues, vuestra impotente arma, que sólo es buena para asustar á los cobardes. Y tú, cadáver engañoso, levántate, que no amedrentarás á los fuertes.

Levantóse un grito terrible que hizo resonar las bóvedas.

— ¡ Tú conoces nuestros misterios ! ¿ Luego eres uno que ve ó un traidor ?

— ¿ Quién eres ? preguntaron á la vez trescientas voces, al mismo tiempo que brillaron veinte espadas en las manos de las fantasmas más inmediatas, y por un movimiento regular como el de una falange disciplinada, bajaron á reunirse sobre el pecho del desconocido.

Pero éste, sonriendo, tranquilo, levantando la cabeza y sacudiendo su cabellera sin polvos y retenida sólo por la banda que habían ceñido al rededor de su frente :

— *Ego sum qui sum*, dijo, *yo soy quien soy*.

Paseó en seguida sus miradas por la muralla humana que le cercaba estrechamente : á su dominante mirada se bajaron las espadas con movimientos desiguales, según aquellos á quienes el desconocido abrumaba con su mirada, cedían instantáneamente á su influencia, ó trataban de combatirla.

— Acabas de pronunciar una palabra imprudente, dijo el presidente, y sin duda la has pronunciado porque desconoces sus consecuencias.

El extranjero meneó la cabeza sonriéndose.

— He respondido lo que debo responder, dijo.

— Entonces ¿ de dónde vienes ? preguntó el presidente.

— Del país de donde viene la luz.

— Sin embargo, nuestras instrucciones anuncian que vienes de Suecia.

— Quien viene de Suecia puede venir de Oriente, repitió el extranjero.

— Por segunda vez, no te conocemos. ¿ Quién eres ?

— ¿ Quién soy ?... Pues bien, replicó el desconocido, os lo diré al momento, puesto que aparentáis no comprenderme ; pero antes voy á deciros quiénes sois vosotros mismos.

Estremeciéronse las fantasmas, y chocáronse sus

espadas pasando de su mano izquierda á la derecha, y levantándose á la altura del pecho del desconocido.

— Primero, prosiguió el extranjero extendiendo la mano hacia el presidente, á ti, que me hablas, que te crees un Dios, y que sólo eres un precursor; á ti, representante de las sociedades suecas, yo te diré tu nombre para no tener necesidad de decirte el de los demás. Swedenbourg, los ángeles que hablan familiarmente contigo ¿no te han revelado que aquel á quien aguardabas se había puesto en camino?

— Es verdad, respondió el presidente levantando su sudario para ver mejor al que le hablaba, me lo han dicho.

Y aquel que levantaba el sudario, contra todos los hábitos y ritos de la sociedad, mostraba el rostro venerable y la blanca barba de un anciano de ochenta años.

— Muy bien, repuso el extranjero. Ahora, á tu izquierda está el representante de la sociedad inglesa, que preside la logia de la Calcedonia: salud, mior; si revive en vos la sangre de vuestro abuelo, puede esperar la Inglaterra que se encenderá la luz apagada.

Bajáronse las espadas, y á la cólera comenzaba á suceder el asombro.

— ¡ Ah, sois vos, capitán! continuó el desconocido dirigiéndose al último jefe colocado á la izquierda del presidente. ¿ En qué puerto habéis dejado vuestro hermoso buque que amáis como á una manceba? Es una valiente fragata la *Providencia*, ¿ no es verdad? y su nombre ha de ser feliz para la América.

Luego, volviéndose al que estaba á la derecha del presidente:

— Te llega la vez, dijo, profeta de Zurich; veamos, mírame á la cara, tú que has llevado hasta la adivinación la ciencia fisonómica, y dime en alta voz si en las

líneas de mi cara no reconoces el sello de mi misión.

Aquel á quien se dirigió, dió un paso atrás.

— Vamos, continuó dirigiéndose á su inmediato, vamos, descendiente de Pelayo, trátase de arrojar por segunda vez á los moros de España. Fácil cosa será si los castellanos no han perdido para siempre la espada del Cid.

Mudo é inmóvil quedó el quinto jefe: se hubiera dicho que la voz del desconocido le había convertido en mármol.

— ¡ Y á mí? exclamó el sexto jefe promoviendo las palabras del desconocido que parecía olvidarle, ¿ á mí, no tienes nada que decirme?

— Sí, tengo, respondió el viajero fijando en él una de esas penetrantes miradas que registran hasta el corazón; sí, tengo que decirte lo que Jesús dijo á Judas, y te lo diré al momento.

Aquel á quien se dirigió se puso pálido como su sudario, mientras un murmullo, recorriendo la asamblea, parecía pedir cuenta de esta extraña acusación.

— Tú olvidas al representante de Francia, dijo el presidente.

— Ese no está entre nosotros, respondió el extranjero con altivez, y tú lo sabes bien; tú que hablas, puesto que está ahí vacío su asiento. Ahora, ten presente que las embosecadas excitan la sonrisa del que ve en las tinieblas, del que obra á despecho de los elementos, y ve á pesar de la muerte.

— Eres joven, repuso el presidente, y hablas con la autoridad de un dios. Reflexiónalo bien, á tu vez; la audacia sólo atolondra á los hombres irresolutos ó ignorantes.

Una sonrisa de supremo desdén asomó á los labios del extranjero.

— Todos vosotros sois irresolutos, dijo, puesto que

no podéis obrar sobre mí; sois todos ignorantes, puesto que no sabéis quién soy, mientras, por el contrario, yo sé quiénes sois vosotros. Así, triunfaré de vosotros sin más que la audacia; pero, ¿de qué sirve la audacia al que es omnipotente?

— ¡La prueba de esa omnipotencia! dijo el presidente, ¿dadnos la prueba!

— ¿Quién os ha convocado? preguntó el desconocido, pasando del papel de interrogado al de interrogador.

— La logia suprema.

— No sin objeto, dijo el extranjero volviéndose hacia el presidente y hacia los cinco jefes, habéis venido, vos de Suecia, vos de Londres, vos de Nueva York, vos de Zurich, vos de Madrid, vos de Varsovia, todos vosotros en fin, continuó, dirigiéndose á la multitud, de las cuatro partes del mundo, para reunirnos en el santuario de la fe terrible.

— No, sin duda; respondió el presidente. Hemos venido al encuentro de aquel que ha fundado un imperio en Oriente, que ha reunido los dos hemisferios en una comunión de creencias, que ha enlazado las manos fraternales del género humano.

— ¿Tenéis un signo seguro que os lo dé á conocer?

— Sí, respondió el presidente. Dios se ha dignado revelármelo por medio de sus ángeles.

— ¿Luego solo vos lo conocéis?

— Solo yo lo conozco.

— ¿Nunca lo habéis revelado á nadie?

— Á nadie.

— Decidlo en alta voz.

El presidente vaciló.

— Decid, repuso el extranjero con imperioso tono, decid; porque es llegado el momento de la revelación.

— Llevará sobre el pecho, dijo el jefe supremo, una

placa de diamante, y sobre esta placa brillarán las tres primeras letras de una cifra de él solo conocida

— ¿Cuáles son esas tres letras?

— L. P. D.

El extranjero separó con un movimiento rápido su levita y chaleco, y sobre su camisa de fina batista apareció, resplandeciente como una estrella de llama, la placa de diamante en que brillaban las tres letras de rubíes.

— ¡Él! exclamó el presidente asustado, ¿sería él?

— ¿Aquel á quien aguarda el mundo? dijeron con ansiedad los jefes.

— ¡El gran Cophto! murmuraron trescientas voces.

— ¡Y bien! exclamó el extranjero con el brillo del triunfo. ¿Me creeréis ahora cuando os repita por segunda vez: Yo soy el que soy?

— Sí, respondieron las fantasmas prosternándose.

— Hablad, maestro, dijeron el presidente y los cinco jefes, inclinando la frente al suelo; hablad, y nosotros obedeceremos.